

# CUATRO ENSAYOS «CIMARRONES» DEL PADRE CASTELLANI

## FOUR «UNTAMED» ESSAYS BY FATHER CASTELLANI

*ELENA CALDERÓN DE CUERVO*

Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza)

**RESUMEN.** El Padre Leonardo Castellani fue un eximio ensayista que introdujo en la literatura argentina el «ensayo cimarrón», tanto por la libertad de expresión como por lo salvaje y montaraz, que obliga al lector o receptor a señalarse como aquel destinatario obligado. En este trabajo se estudian cuatro ensayos de Castellani tomados de sus comentarios a las parábolas de Cristo: los fariseos de la tierra, los dos señores, de los ojos y el cuerpo, y «La última parábola» o el silencio de Dios.

**PALABRAS CLAVE.** Leonardo Castellani. Ensayo cimarrón. Parábolas de Cristo.

**ABSTRACT.** Father Leonardo Castellani was a distinguished essayist who introduced in Argentine literature the «untamed essay», both for freedom of expression and for the wild and rude, which obliges the reader or recipient to be singled out as the obligatory recipient. In this work

the author study four essays by Castellani taken from his commentaries to the parables of Christ: the Pharisees of the earth, the two lords, about the eyes and the body, and «The last parable» or the silence of God.

**KEY WORDS.** Leonardo Castellani. Untamed Essay. Parables of Christ.

## 1. Deslindes preliminares

La bibliografía crítica sobre el padre Castellani, sobre todo en lo relativo a su biografía, ha ido aumentando de año en año de manera importante. Desde el trabajo de Jorge Castellani (1973) con su «Reseña biográfica»<sup>1</sup>, la profusa biografía hecha por Sebastián Randle (2003) *Castellani*<sup>2</sup>, hasta la obra de Juan Manuel de Prada (2008) *Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XXI*<sup>3</sup>, la vida y las ideas políticas del jesuita han sido revisadas de manera exhaustiva. En el campo de lo literario, el trabajo de Liliana Pinciroli (2019)<sup>4</sup> es, sin dudas y si no el único, el mejor trabajo crítico-literario sobre la obra del padre Castellani.

## 2. El ensayo: distinciones esenciales

Dada la amplitud analógica con que se suele utilizar el término «ensayo», conviene, a los fines de una mejor comprensión de nuestro planteo, aclarar ciertos aspectos del mismo.

El ensayo es un género que señala la aparición de la Literatura moderna o, mejor dicho, de la literatura de la *modernidad*. Se

---

1. Jorge CASTELLANI «Reseña biográfica», en Leonardo CASTELLANI, *Seis ensayos y tres cartas*, Buenos Aires, Dictio, 1973.

2. Sebastián RANDLE, *Castellani jesuita, 1899-1949*, Buenos Aires, Vórtice, 2003; y *Castellani maldito. 1949-1981*, Buenos Aires, Vórtice, 2017.

3. Juan Manuel DE PRADA (ed.), *Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XXI*, Madrid, Libros Libres, 2008.

4. Presentado como tesis doctoral en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo y listo para su publicación en San Rafael.



trata, en un principio, de una serie de observaciones personales e íntimas sin plan ni finalidad aparente, semejándose a una confesión u opinión que el autor se va haciendo a sí mismo –o a algún otro cuando asumen la forma epistolar– sobre lo vivido, visto o leído por él. Se suele señalar como al primero en darles carácter e identidad a Miguel de Montaigne cuando, en 1580, dio a conocer sus *Essais de messire Michel, seigneur de Montaigne*. Sobre la matriz de los *Essais*, se dio pie a un género que ocupó un lugar destacadísimo en la propagación de las «nuevas ideas» ya que se presentaba como apto para el examen de «todas la cosas» dentro de un tono accesible, de estilo elegante aunque no retórico, pero fundamentalmente disociado del pensamiento oficial o «académico», como dirán disimuladamente los teorizadores posteriores. Conviene resaltar que los ensayos sí tuvieron, particularmente en Montaigne, una cosmovisión «sediciosa» que les otorgaba a todos esos escritos, aparentemente desconectados entre sí, una unidad de sentido vertical.

Si por un lado, ya en el siglo XVIII, los ensayos se hicieron cargo de difundir las ideas de la Ilustración, por otro –más en el siglo XIX– rescataron el valor de lo «útil» que la concepción de «el arte por el arte» del romanticismo había disociado de la literatura. Pero lo más importante es que a través de ellos toma facultad o derecho de persuasión la *opinión*. Era de esperar, entonces, que, cuando ese pensamiento adquiriera la identidad de la Filosofía Moderna y desplazara en las academias a la escolástica, el ensayo cambiara de bando y diera, quizá, sus mejores frutos en las llamadas generaciones de los polemistas franceses, españoles y americanos de la primera mitad del siglo XX. Y son sin lugar a dudas estos escritores quienes dejan marcada su influencia en Arturo Jauretche, los Irazusta, Scalabrini Ortiz, Leopoldo Marechal, Ignacio Anzoátegui, Julio Menvielle, Alberto García Vieyra, Ulises Petit de Murat y Leonardo Castellani entre tantos otros.

Muchos son los críticos que insisten en considerar al padre Leonardo Castellani como uno de los mejores ensayistas argentinos. En parte por esa natural inclinación a la polémica –rasgo por otra parte muy común a todo ensayista–, en parte también, por su talento para el escrito breve y conciso, para la síntesis exegética y teológica como para el manejo de una retórica explícita «de alto

impacto». Lo cierto es que el Padre Castellani logra crear, en el campo del ensayo argentino, lo que hemos denominado el *ensayo cimarrón* haciendo uso del epíteto con el que él mismo calificara en su exégesis algunas de las *Parábolas* de Cristo.

Aunque el adjetivo (cimarrón-cimarrona) tiene, al parecer, larga data, en América se le decía cimarrón al esclavo que se refugiaba en los montes buscando la libertad. Y, en la Argentina en particular, le decimos cimarrón al animal doméstico que huye al campo y se hace montaraz<sup>5</sup>. De alguna manera entendemos el calificativo de cimarrón como algo montaraz, salvaje, pero que, al mismo tiempo, tiene su propia ley. Es, desde donde se lo mire, un calificativo despectivo, según se desprende del uso que le da José Hernández refiriéndose al Viejo Vizcacha:

«... dejaba ver por la facha  
que era medio cimarrón;  
muy renegao, muy ladrón,  
y le llamaban Viscacha». (Cap. XIV-1)

Cuando en 1960 el Padre Castellani publicaba sus *Doce parábolas cimarronas*, reunía en este volumen aquellas parábolas de Cristo en las que la resolución de su significado final dependía tanto de la coyuntura particular del espacio de su emisión como de una ley interna que no se resuelve nunca del todo y que obliga al lector o receptor a señalarse como *aquel* destinatario obligado (ponerse el sayo, como diríamos). Así, por ejemplo, en el comentario de la *Parábola del Fariseo y del Publicano* o a la del *Buen Samaritano* o la del *Administrador camandulero*, Castellani percibe un destinatario «real», que no es marcado por las palabras de Cristo sino de una manera omisa, pero del reconocimiento de esa identidad depende, en definitiva, que se complete el sentido del mensaje y la alegoría del Nazareno.

De esta manera, hemos intentado analizar cuatro ensayos, en los que, a su vez, advertimos este juego oculto de la enunciación,

---

5. Se le dice cimarrón al mate amargo, por lo salvaje y natural, supongo.



en un manejo de la significación que sólo se abre completamente al conjuro de un interlocutor expreso.

### *Cristo y los Fariseos de la tierra*

«Toda la biografía de Jesús de Nazareth como hombre se puede resumir en esta fórmula: *Fue el Mesías y luchó contra los Fariseos* –o quizás más brevemente todavía: *luchó contra los fariseos*».

Con esta sentencia, a manera de exordio, categóricamente, comienza este ensayo de Castellani<sup>6</sup>. Y, en una suerte de ininterrumpido *crescendo*, el padre va configurando ese mal que se llama el «fariseísmo»:

«La vida de Cristo no fue un idilio ni una alegría sino un drama: no hay drama sin antagonista. El antagonista de Cristo, en apariencia vencedor, fue el fariseísmo».

El fariseísmo es, según nuestro autor, el «gusano de la religión; es la soberbia religiosa; es un vicio espiritual»; la flor del fariseísmo es la crueldad: «la crueldad solapada, cautelosa, lenta, prudente y subterránea»: El fariseísmo, –continúa– «es esencialmente homicida y deicida: da muerte a un hombre por lo que hay en él de Dios». Si el fariseísmo, así descripto, es el vicio, el mal que Cristo vino a enfrentar, el fariseo –«en apariencia vencedor»– adquiere también, una categoría universal y, en el orden temporal, se postula como un arquetipo perenne:

«El fariseo es el hombre de la práctica y de la voluntad, es decir, el Gran Casuista y el Gran Observante [...] un fariseo no puede escribir su autorretrato [...] [porque] su natura se ha vuelto máscara, miente con toda naturalidad pues ha comenzado por mentirse a sí mismo. Lo que él

---

6. Leonardo CASTELLANI, *Cristo y los Fariseos*, Mendoza, Jauja, 1999. Recoge una serie de ensayos y escritos que el Padre Castellani compuso en su retiro en Manresa entre los años 1940 y 1945.

simula, que es la santidad, y lo que él es, el egoísmo, se han amalgamado; se han fundido y se han hecho un espantoso veneno».

Para el retrato del fariseo, tanto como para entender en esta clave la actitud de Cristo, Castellani recurre a la confrontación de esos dos mundos en pugna:

«El hilo conductor que une todos los actos de Cristo, define su carácter y descubre su corazón es su tremendo enfrentarse con los pervertidores de la religión. El conflicto religioso estalla en el momento en que Cristo hace su primer acto de público predicante y profeta en Caná de Galilea».

De tal manera que, bien mirado, el mundo de Cristo, de su «quehacer histórico» más concretamente, deviene vinculado a la construcción farisaica del mundo:

«Toda su mansedumbre, toda su dulzura, toda su docilidad, sus beneficios, su prudencia, su elocuencia, sus ruegos, sus lágrimas, sus espaciadas, sus avisos, sus imprecaciones, sus amenazas proféticas, su talento artístico, su sangre, su muda imploración de *Ecce homo* habían de estrellarse contra el corazón del fariseo más duro que las piedras».

Pero ese mundo farisaico no es fácil de desenmascarar porque este drama se desenvuelve en la sordina, en la oscuridad por medio de tapujos y complicadas combinaciones: todos los medios son buenos con tal de que sean sigilosos: «la calumnia, el soborno, el dolo, la tergiversación, el falso testimonio, la amenaza. Caifás mató a Cristo con un resumen de la profecía de Isaías y con el dogma de la Redención: ¿Acaso no es conveniente que por la salud de todo un pueblo muera un hombre?».

«La muerte ilegal, cruel e inicua de un hombre se resuelve en reuniones donde se invoca a la Ley con los textos en la mano, en graves cónclaves religiosos, diálogos, frases donde casi no habla más que la Sagrada Escritura



y se usan las palabras más sacras que existen sobre la tierra».

Si el ocultamiento y la máscara son el arma del fariseo, advertir su presencia no resulta una tarea fácil. Y aquí aparece lo cimarrón del ensayo ya que Castellani recurre al retrato de algunas «virtudes» cristianas que la exégesis farisaica ha vuelto delito:

«[...] el que lleva en sí la religiosidad interna sabe que todo cuanto haga será malo, todos sus actos serán criminosos. La Escritura en sus labios será blasfemia, la verdad será sacrilegio, los milagros serán obras de magia ¡y guay de él si en un momento de justa indignación recurre virilmente a la violencia, aunque no haga más daño que unos zurriagazos y derribo de mesas! Su muerte está decretada».

De esta manera, el retrato que Castellani nos va dando de un Cristo indignado con el grupo de poder del momento «(Suprimid la indignación viril en Cristo y suprimid su virilidad. La indignación viril queda borrada de la lista de las virtudes cristianas. Y la indignación justa, con todos sus gestos y sus efectos, es una virtud)»; compasivo con la escoria de los samaritanos; ¡con las adúlteras y hasta con el César de Roma! En este retrato, el lector comienza a advertir, por contraste, la escalofriante presencia que está en la base misma del ensayo, ya que éste no es otra cosa que la fotografía alucinante de «nuestra» existencia y que podemos padecer o codearnos con el mal y hasta con el fariseísmo en persona sin darnos cuenta de ello, antes bien, imaginarnos que estamos frente a un producto refinado y moderno de la «prudencia política», que hoy ha tomado el mote de lo «políticamente correcto».

«Se han dejado caer grandes trozos del Evangelio, que eran incómodos de predicar y más aun de practicar; los trozos restantes quedan naturalmente incoherentes y se pueden vertebrar de diferentes maneras; de donde provienen las diversas falsificaciones modernas del Cristo».

Lo «políticamente correcto», como diríamos hoy, se convierte a la corta en un juicio de valor, en un juicio moral para ser

más exactos. Y aquel que manipula las variables conceptuales o semánticas en función de las cuales instala esa «policía» de lo correcto, de la nueva moral, se erige, como los fariseos en la época de Cristo, en juez y legislador.

Quizá uno de los ensayos más interesantes que se han hecho sobre este origen particular de los «juicios de valor», sea la *Genealogía de la Moral* de Federico Nietzsche. El autor advierte que es el *resentimiento* (usando la palabra de origen francés, ya que en alemán no existe el término preciso) la fuente de tales «nuevos juicios de valor». Lo curioso es que si bien ese descubrimiento es cierto, resulte tan sorprendente la afirmación concreta del escritor de que la moral cristiana y, en particular, el amor cristiano, son, dice Nietzsche, la más fina «flor del resentimiento»<sup>7</sup>.

«Pero este es el hecho: la rama de aquel árbol de la venganza y del odio, del odio judío –el odio más hondo y más sublime, esto es, creador de ideales y transformador de valores, cuyo par jamás ha existido sobre la tierra– produjo algo asimismo incomparable, un nuevo amor, la más honda y más sublime de todas las clases de amores: ¿y de qué otra rama hubiera podido brotar?...¡Pero que no se crea que tal amor haya surgido como la expresa negación de aquella sed de venganza, como la antítesis del odio judío! ¡No! ¡Lo inverso es la verdad! Este amor brotó del odio como su corona, como la corona triunfal que se despliega más y más ancha en la pura claridad del mediodía y que con el mismo impulso, por decirlo así, hacia el reino de la luz y de la altura, apuntó a los fines de aquel odio, a la victoria, al botín, al soborno, con lo que las raíces de aquel odio penetraron, cada vez más profundas y más ávidas, en cuanto tenía de hondura y era malo. Este Jesús de Nazaret, vivo Evangelio del amor; este “Salvador”, que traía la bienaventuranza y la victoria a los pobres, a los enfermos y a los pecadores ¿no fue justamente el soborno en su forma más siniestra y más irresistible, el soborno y el rodeo

---

7. Friedrich W. NIETZSCHE, *La genealogía de la moral*, trad. de A. SÁNCHEZ PASCUAL, Madrid, Alianza Editorial, 1996, Ensayo I, párrafo 8.





para llegar a aquellos valores e innovaciones judaicas del ideal? ¿no ha alcanzado Israel –justamente por el rodeo de este “Salvador”, de este aparente adversario y destructor de Israel– el último fin de su sublime sed de venganza?».

Y continúa:

«—No veo nada; solo oigo. Es un canto pérfido, leve murmullo y cuchicheo, que parte de todas las esquinas y rincones. Me suena a mentira: una azucarada suavidad hace pegajosos todos los sonidos. La debilidad va a ser convertida mendazmente en mérito; no hay duda, es tal como usted decía. —¡Adelante!; —Y la impotencia, que no paga, va a convertirse en “bondad”; la inferioridad temerosa, en “humildad”; la sumisión a los odiados, en “obediencias” (en obediencia a uno de quien dicen que ordena esta sumisión, y al cual llaman Dios). La mansedumbre del débil, la cobardía misma, en que tan rico es, su estar a la puerta, su inevitable necesidad de aguardar, reciben aquí un buen nombre: “paciencia”; dícese también la virtud; el no poder vengarse se llama no querer vengarse, quizá incluso perdonar (“porque *ellos* no saben lo que hacen, solo *nosotros* sabemos lo que *ellos* hacen. También se habla del “amor a los enemigos” y se suda al hacerlo»<sup>8</sup>.

Por poco que uno analice este ensayo de Nietzsche, advierte cómo el fariseísmo, que él llama «resentimiento», es una *autointoxicación psíquica*, con causas y consecuencias bien definidas. Es una actitud psíquica permanente, que surge al no reprimir sistemáticamente la descarga de ciertas emociones y afectos que pertenecen al fondo de la naturaleza humana caída y tiene por consecuencia ciertas propensiones permanentes a determinadas clases de engaños valorativos y juicios morales correspondientes. Esas emociones y afectos que tenemos que considerar en primer término son: el sentimiento y el impulso de venganza como acto de justicia, el odio a aquello que hemos definido, subjetivamente,

8. *Ibid.*, párrafo 14.

como malo, la maldad en la acción concreta del acto de restitución, la envidia que nace con la idea de que el bien que el otro ostenta me lo ha arrebatado a mí, la ojeriza presuntuosa contra todo aquel que no entra en la calificación del «nosotros», la perfidia concebida en su faceta más cruel que es la de la simulación y el engaño sobre el que tiene puesta su confianza en nosotros. ¿Y acaso no nos retumban en el oído, como a Nietzsche, eso que él llama «amor cristiano»: las sentencias del progreso, de los derechos humanos, de las igualdades y los ecumenismos religiosos, de las libertades y de las ideologías de género, de la idolatría del medio ambiente, del *Amore Laetitia...*?

En el ensayo del Padre Castellani, el final está abierto, sin remedio pragmático y natural para el mal que anuncia y revela: *Y al final será peor.*

«Y al final será peor. En los últimos tiempos el fariseísmo triunfante exigirá para su remedio la conflagración total del universo y el descenso en persona del Hijo del Hombre, después de haber devorado insaciablemente innumerables vidas de hombres».

### ***Los dos señores (Mt. VI, 4; Lc. XVI, 13)***

La primer Parábola que aparece comentada en esta colección de ensayos, *Las Parábolas de Cristo*<sup>9</sup> es la del Viento y el Espíritu. Siguen luego, de una manera «ordenada» por el padre Castellani, la de la serpiente de bronce, del amigo y del esposo, del manantial, del médico, del inicio de la Iglesia, de la oveja en el pozo, de las bienaventuranzas del Sacerdocio y, luego, necesariamente diríamos, la de los dos Señores. Esta parábola, nos dice el autor, que aparece en Mateo –y en todos los Evangelistas en general– es la primer parábola o dicho de Cristo contra las riquezas; siguen luego la del camello y la aguja, los cuervos y los lirios del campo, el «ricachón juzgado» y el rico Epulón, más el Juicio final. Todas estas están precedidas por la Bendición a los

---

9. Leonardo CASTELLANI, *Las parábolas de Cristo*, Buenos Aires, Itinerarium, 1959.



Pobres y la Maldición a los Ricos tal como se lo ve en el Sermón de la montaña. «Dedicaremos a este ataque a las Riquezas» –dice Castellani– «dos comentarios: uno al Precepto, otro al Consejo».

«Este “proletario hijo de una sirvienta”, como lo llamó un francés (en realidad Cristo fue un artesano y un hidalgo, hijo de una reina... pobre), dijo contra las riquezas lo que nadie ha dicho en el mundo, más aún que Carlos Marx [...]. Primeramente dijo que no se puede casar uno con Dios y con Mammona, el Idolillo Inicuo; hay que optar, el matrimonio es monógamo [...]. Después profirió que “más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, a que un rico entre al Reino de los Cielos”. ¿Entonces es imposible? [...] Imposible no, difícil».

Una vez más, Castellani, trabaja el sentido por su revés: para hablar de las riquezas hace el elogio y la apología de la pobreza.

«Cristo no odió a los ricos (de hecho fue amigo de alguno de ellos), odió a las riquezas. No odió a las riquezas como riquezas sino como obstáculos a la iluminación y salvación del alma. Quizás lo más exacto sería decir simplemente que “amó a los pobres”».

Y continúa:

«¿son un mal los bienes de este mundo? [...]. De suyo son indiferentes; pero dada la condición humana, caída por la Caída Original, son un peso, un peligro y un apego. ¿Por qué tiene que tener una excelencia espiritual el ser pobre? ¿No es ese dictamen un defecto del “resentimiento” como estimó Nietzsche?».

Conviene en este punto traer a colación la opinión de Max Scheler, quien en su libro: *El resentimiento en la moral*, trató muy particularmente el tema del resentimiento, particularmente del resentimiento «social», generado por la distribución irregular de las riquezas en este mundo. En este sentido, Max Scheler propone esta razón: «la pobreza en Cristo y en San Francisco no es amada

por sí misma, sino por el señorío de espíritu que es necesario para despreciar la riqueza»; aporía que Castellani objeta de esta manera: «Existe una especie de colusión metafísica entre el ser pobre y el percibir las verdades del Evangelio, que son sobrenaturales; y esto es el Reino de los Cielos».

Ese es el precepto, ¿y el consejo? Castellani pone el consejo en forma de diálogo y ésta es su salida cimarrona:

«Jesucristo. – Siempre habrá pobres entre vosotros.  
 Los apóstoles. – ¡Qué duro es eso, Maestro!  
 Jesucristo (a Pedro). – Tú cuida de que no sean siempre los mismos.  
 Pedro. – Señor, aquí hay unos economistas científicos y socialistas que pueden hacer ricos a todos los pobres, “un poco de petróleo a cada uno”.  
 Jesucristo. – No les creas: lo que quieren es hacer pobres a todos los ricos...menos a ellos».

Este pequeño ensayo, de una sencillez aplastante, revela que el cristiano, como Cristo mismo, debe estar presente en todos los esfuerzos de la ciudad temporal, cuando ésta trata de construir un mundo más justo. No puede resignarse nunca al sufrimiento de los otros. Pero sabe también que la causa fundamental del sufrimiento del mundo es el pecado. Y no sólo el de Adán, sino también los propios pecados cotidianos y el pecado de las naciones. ¿Y cuál es el pecado más horrible de las naciones? Desoír el grito de nuestra naturaleza trascendente y separarse de Dios. Y no solo los ensayistas católicos afirman este principio. Albert Camus, en *La Peste* nos dice, con la voz de un narrador en primera persona:

«Su reacción fue la de la mayoría de nuestros conciudadanos: las calamidades, en efecto, son una cosa común, pero no se cree fácilmente en ellas hasta que nos caen en la cabeza. Hay, en el mundo, tantas pestes como guerras. Y, sin embargo, pestes y guerras encuentran a la gente siempre tan desprevenida... Cuando estalla una guerra, la gente dice: “esto no durará, es demasiado estúpido”. Y sin duda



la guerra es, por cierto, demasiado estúpida, pero eso no le impide durar... nuestros conciudadanos eran progresistas: no creían en calamidades; la calamidad no está a la medida del hombre, uno se dice pues que la calamidad es un mal sueño que va a pasar. Pero no pasa siempre, y, de mal sueño en mal sueño, son los hombres los que pasan, y los progresistas en primer lugar, porque no tomaron sus precauciones»<sup>10</sup>.

Castellani ataca, en este ensayo, a los movimientos sociales contemporáneos no por sus esfuerzos en lograr una sociedad más justa, sino por su ideología o ficción o utopía secreta, su rebelión contra la condición pecadora del hombre, aquella que, negando el pecado original, le niega al fin del orden político la necesaria subordinación al fin común sagrado. Indudablemente, aquí aparece el verdadero drama en torno al problema de las riquezas o de la pobreza: Castellani sabe que jamás se podrá establecer en este mundo una ciudad totalmente armoniosa. Pero sabe muy bien que, si tiene que esperar a que todos los hombres hayan pasado de la miseria a la dignidad para predicar el Evangelio, el mensaje de Cristo quedará sepultado en el silencio porque «pobres –decía Jesucristo– los tendréis siempre entre vosotros».

### *De los ojos y el cuerpo*

«La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será luminoso; mas si fuere malo, también tu cuerpo será tenebroso. Cuidado, que lo que hay de luz en ti, no sea tiniebla». (*Mt. VI, 22; Lc. IX, 34*)

Con esta cita y a partir de esta metáfora evangélica comienza Castellani este ensayo sobre las realidades invisibles. Es importante resaltar aquí la distinción –fundamental– que hace el autor entre Fe y Prudencia y en el hecho de que no hay ninguna indicación para admitir o remitir esta parábola a un significado

---

10. Albert CAMUS, *La Peste*, Paris, Gallimard, 1947, pp. 49-50 (la traducción es nuestra).

místico. Por el contrario, aquí Castellani insiste en la necesidad que tiene la Prudencia humana de obrar guiada por la Fe y de lo importante que es a la Fe, por sobrenatural que sea su origen, estar asentada sobre la Prudencia. Y al punto tal que el pecado que surge como resultado de la falta de coordinación de una de ellas, es la estupidez:

«La estupidez es pecado» –nos dice Castellani. Y agrega: «Santo Tomás enseña que la estulticia es pecado grave, y es hija de la soberbia y de la lujuria». La necedad o estulticia es siempre un producto de la voluntad, aunque esté sujeta en el entendimiento; o mejor, la esté sujetando el entendimiento.

En esta supremacía de la Prudencia sobre las restantes virtudes descansa nada menos que la integridad de orden y estructura de la imagen cristiana del hombre, y refleja, mejor que ningún otro postulado ético, la armazón interna de la metafísica cristiana globalmente considerada, que nos afirma que el ser es antes que la verdad y la verdad antes que el bien. Y que de esta manera se nos devuelve, como en un espejo, un tímido destello del misterio que guarda el puesto más central de la teología cristiana: que nos hace decir:

*Credo in unum Deum,  
Patrem omnipotentem  
factorem caeli et terrae  
visibilium omnium et invisibilium  
Credo in unum Deum  
Dominum Jesum Christum,  
Filium Dei unigenitum  
et ex Patre natum ante omnia saecula  
Credo in unum Deum  
Spiritus Sanctum,  
Dominum et vivificantem  
qui ex Patre filioque procedit.*

Para el lenguaje y pensamiento vulgar y moderno (que es lo mismo) lo prudente, más que un supuesto del bien, parece una manera de eludirlo. La prudencia aparece mucho más emparentada con lo meramente útil que con lo noble, si es que este último



calificativo sobrevive de alguna manera en la estulticia moderna. Pero lo prudente subsiste y en dos significados más o menos ensamblados: el de un angustiado afán de autoconservación y en la ansiedad que genera el cuidado y la consideración de sí mismo. De esta manera, se hace muy difícil relacionar la Prudencia con la justicia, o con el valor y la fortaleza y para qué hablar de la templanza: ¿cómo entender y considerar «prudente» la sublime osadía de una vida casta o el duro cumplimiento del ayuno?

Razón, como asiento de la Fe y distinción fundamental del hombre como tal, no es otra cosa para Santo Tomás que una referencia o dirección de la mirada –del ojo– a lo real. Y real o realidad no es otra cosa que el descubrimiento y patentización de la verdad, sobre la que la razón, precisamente, descansa y crece: de ahí la necesidad de la simpleza de la mirada. Y si bien venimos al mundo con esa luz de una cierta prudencia infusa para mirar lo que es real, podemos perderla. ¿Acaso no reza la Iglesia en el tercer Domingo después de la Resurrección: *Deus, qui errantibus, ut in viam possint redire iustitiae, veritatis tuae lumen ostendis?*

### ***La última parábola o el Silencio de Dios***

Por último, el texto más desgarrador y cuya importancia subrayo es este ensayo a manera de cuento, de monólogo interior o fluir de la conciencia. Aparece publicado en la revista *Cabildo*, el 25 de octubre de 1944:

«Yo sabía que no podía acabar bien; pero nunca soñé que fuera a sucumbir de un modo tan espantoso. Mi consejo no le faltó. Fue más o menos éste: Hay que partir de este principio: es forzoso contemplar a los poderosos. Y no es difícil hacerlo si uno se pone a ello. Es algo indispensable. Hay que tomar a los hombres como ellos son y no como queremos que sean. Con el que tiene el poder, es inútil querer hacerse el tremendo. Hay que ponerse en razón [...]. Tu estilo de escribir es magnífico. Hay solamente las frasecitas. Son una frase aquí, otra allá, a veces dos o tres, que irritan a muchos y suprimidas no perjudican para nada la belleza literaria del conjunto. También hay que resig-

narse a no tocar algunos temas demasiado candentes que de cualquier modo que uno trate, descontentan a alguno inevitablemente»<sup>11</sup>.

Es largo el monólogo y la actitud interpelante golpea contra Aquel aludido que permanece en un silencio escandalizante:

«Hemos sido amigos desde la niñez, y, por mí, yo no deseo repudiar tu amistad, pero hay cosas que pasan los límites y que yo, sinceramente, te lo digo con toda la franqueza de la amistad, ¡yo no las entiendo! Así mismo se lo dije; y que Dios me mate si miento».

Se está frente a lo más profundo del silencio de Dios en el que el Yo–Castellani se erige en su contra como argumento *ad hominem*: «¡pobre Jesús! Yo veía que por ese camino no podía acabar bien, pero nunca jamás soñé, ¡Dios mío! Que debía acabar ¡crucificado! ¡Gran Dios! ¡Crucificado!».

El silencio de Dios es aquí total: no envuelve sólo un universo de falsificación y de mentira, sino, sobre todo, el alma y la conciencia aún de los que creen estar justificados. Deja abiertos todos los cabos de una argumentación posible. Un texto así no necesita comentarios. No se *lee*, diríamos, se inscribe por sí mismo, con letras de fuego, en el corazón de cada uno.

### 3. Conclusión

Castellani es un escritor difícil y está siempre presente en sus ensayos porque sus ensayos no tratan más que de él. Y no de él como persona física sino como mediador entre el mensaje evangélico y nosotros. Y es por eso que sus obras encantan a unos lectores e irritan a otros. Sin embargo, la importancia de su mensaje crece día a día. Imposible situar a Castellani entre los ensayistas católicos que se ignoran. La precisión psicológica de su teología se impone absolutamente: su voz nos produce la impre-

---

11. Leonardo CASTELLANI, «La última parábola», en *Decíamos ayer*, Buenos Aires, Sudestada, 1968, pp. 215-218.





sión casi física de la presencia de lo sobrenatural. Parece conocer todas nuestras angustias y también nuestras alegrías. Por esto es que, quizá, se nos vuelve indispensable. Tal es, probablemente, el mayor carisma del ensayista: hablar de un mundo sobrenatural, invisible, esencialmente diferente, pero hablar de él en términos y con una experiencia personal que hacen de ese mundo invisible un mundo presente, encarnado, evidente y vivido que nos incluye en el ámbito de nuestros egoísmos.

El método empleado por Castellani es, en estos ensayos, de alguna manera, descendente: va del catolicismo tomado en su integralidad ortodoxa y considerado como una certeza sobrenatural, o desde la perspectiva del incrédulo, como una hipótesis directriz que se debe considerar objetivamente. Ciertas formas de existencialismo (Sartre y el mismo Camus) responden que el mundo es absurdo, que no tiene sentido y se inclinan a una desesperación que trata de enmascararse bajo la lucha o la acción social. Esta solución nihilista implica, como el escepticismo de los sofistas griegos (Protágoras), una contradicción radical y un autoengaño más o menos consciente. Es puramente negativa y es lo propio del ciego que guía a otro ciego. No solamente el catolicismo sino la Filosofía, en sus nombres más grandes, estiman que lo real es fundamentalmente inteligible y que la inteligencia o la razón humana pueden buscar útilmente descifrar su significación: el mundo y el destino quieren decir algo. Pero ninguna filosofía consigue captar el todo del hombre y su destino y darle, al mismo tiempo, una respuesta liberadora sino el mensaje evangélico.

Como el ensayo se dirige de una conciencia atribulada a otra, se entabla, entre autor y lector, una simbiosis extraña que permite unir, o, al menos, reanudar, todos los cabos que han quedado sueltos por efecto de ese exceso de patetismo en la búsqueda de una expresión sincera.

En estos ensayos que hemos analizado, el padre Castellani mira lo que no está explícito, lo que no aparece a simple vista, pero está, estuvo y estará siempre. Y porque está es porque molesta. *Tole, tole!* dirán los ricos, los políticos, los burócratas de lo sagrado...